

1

—¿CUÁNTO TIEMPO HACE que no mantiene relaciones sexuales con su mujer?

—Doce años.

—¿Y eso?

—Enviudé hace doce años.

—¿Y, desde entonces, no ha vuelto a mantener relaciones sexuales con otras mujeres?

—Sí..., de vez en cuando.

—¿Tiene otra pareja?

—No. Voy de putas.

—¿Con qué frecuencia?

—Depende.

—¿Depende de qué?

—Del dinero.

—¿Con qué frecuencia tiene dinero?

—Depende de la suerte.

—En otras palabras, ¿cuándo mantuvo relaciones sexuales por última vez?

—Hace un mes.

—¿Suele hacerlo una vez al mes?

—Follo todo lo que puedo, si tengo dinero incluso varios días seguidos.

—Explíqueme lo del dinero, ¿cómo lo consigue?

—Trabajando.

—¿Tiene un trabajo remunerado?

—Trabajo por mi cuenta, unas veces gano dinero y otras no.

—Está usted pasando un mal momento laboral, ¿no es cierto?

—¿Por qué dice eso?

—Lleva un mes sin mantener relaciones sexuales...

—Sí, hace un mes que no follo y hace un mes que no gano dinero.

—Sin embargo, tiene para pagar mi consulta, ¿verdad?

—No se preocupe de eso ahora. Aunque no sé para qué demonios he venido si usted no puede resolver mi problema, a no ser que quiera usted, señorita, follar conmigo por el mismo precio de la consulta.

—Yo soy una siquiatra, no una puta. ¡Es usted un cretino!

—He conocido putas que daban buenos consejos... Por qué no va a haber siquiabras que follen con sus pacientes...

—¡Salga usted de mi consulta! ¡Asqueroso!

—Vaya siquiatra está usted hecha... Al primer inconveniente se comporta como si la dignidad fuese más importante que el dolor de alma. Si no me atiende no pienso pagarle.

—Váyase y gástese su dinero en putas. ¡Asqueroso!

2

SALÍ A LA CALLE. El día era gris, las aceras eran grises y mis pensamientos también eran grises. El mundo entero era una bola gris llena de tipos grises, como yo. Tomé la dirección de mi oficina, seguramente nadie habría llamado y el contestador del teléfono estaría en blanco. Pero me gustaba esa sensación de apretar la tecla y esperar el milagro. Tenía una botella de coñac barato en el archivador y, en todo caso, me serviría unas copas para pasar lo que quedaba de la tarde. Encendí un cigarro. Tosí y lo apagué. Al ver mi rostro reflejado en un escaparate, caí en la cuenta de que tenía cincuenta y seis años cumplidos. Joder, me estaba haciendo viejo y no había conseguido nada en la vida. Nada de lo que dicen que hay que conseguir para ser alguien o ser algo. No tenía mujer, ni hijos, ni casa, ni coche, ni un apartamento en la costa, ni teléfono móvil, ni siquiera un traje con el que asistir a uno de esos cócteles de gente que se cree fina y que eructa y se echa pedos a escondidas. Por

no tener, no tenía ni una mísera corbata con la que ahorcarme colgado de la lámpara de la oficina. Tampoco sabía hacer nudos de corbata, o sea que daba lo mismo.

Decidí ir andando, no podía gastar dinero en taxis. Crucé por un paso de cebra y un coche casi me atropella. Si me hubiera atropellado podría sacarle algo al seguro del conductor, pero esquivó el bulto de mi cuerpo en el último instante y además bajó la ventanilla y me insultó. Me cagué en todos sus muertos, pero el tipo aceleró y se largó. De todos modos anoté la matrícula. Tenía anotadas unas cuantas matrículas de coches a los que les rompería la luna delantera en cuanto los pillase aparcados por ahí. Entré en el parque y atravesé por el césped para atajar. Detrás de un arbusto había una pareja echando un polvo o algo así. La tipa gritó al ver que les miraba. El tipo levantó el puño con el dedo medio levantado hacia arriba. Miré un poco más, porque la tipa tenía las tetas fuera de la camisa y eran unas tetas que merecían la pena, pero no quería líos y continué caminando parque adelante. Poco más allá, una vieja daba de comer a las palomas. Seguramente si se descuidaban las pobres palomas acabarían esa misma noche en la cazuela de la vieja. Yo también había trincado algunas palomas en los malos tiempos para matar el hambre. Lejanos se escuchaban unos altavoces haciendo propaganda de uno de los candidatos a las elecciones municipales. Algún tipo bien comido que esperaba que le votasen para seguir comiendo bien a costa de los gilipollas que meten papelitos en las urnas. Salí del parque, atravesé dos calles, enfilé por una calleja estrecha y oscura y llegué al portal del edificio de mi oficina. Cuando yo entraba, salía una tipa que trabajaba de secretaria en la oficina de al lado. Me sonrió. Le miré al culo. Suspiré. El ascensor estaba estropeado. Subí andando al piso octavo. Llegué sin aliento. Fui derecho a por la botella de coñac y le pegué un trago largo. Tosí. Allí estaba el

contestador automático. Apreté la puta tecla a ver qué pasaba. Hizo unos ruidos y se puso en marcha.

—Señor Gómez, le recuerdo que me debe dos meses del alquiler de la oficina. Espero que se pase a pagar lo antes posible...

Hice que la cinta corriera. Había otra llamada. Era una voz masculina...

—¿Es la oficina del encontrador de buscados? He leído su anuncio en el periódico. Verá, yo estaba interesado en encontrar a una mujer que se perdió hace un par de semanas... No sé cuánto cobra usted, ni me importa. Me gustaría contratar sus servicios. Si le interesa llame al número...

Era un número de la provincia. No tenía nada mejor ni nada peor que hacer, así que llamé. Sonó un rato la llamada y cogió el teléfono una mujer.

—¿Quién llama? —dijo.

—Verá, soy el encontrador de buscados y le llamo por el asunto de la mujer perdida...

Hubo un breve silencio, y luego una especie de bufido.

—Váyase a tomar por culo —dijo.

Y colgó.

3

LE PEGUÉ OTRO TRAGO al coñac. El mundo era en verdad extraño, difícil de entender. Puse los pies sobre la mesa. La oficina no tenía ventana, era un cuchitril oscuro. Ni siquiera podía tirarme por la ventana. La estirada de la siquiatria no me había dejado explicarle que de vez en cuando me entraban ganas de suicidarme, de mandarlo todo a la porra y desaparecer para siempre. ¿Quién era yo en este cretino mundo? Aparte de follar no había otra cosa que me interesase verdaderamente. Bueno, sí, los malditos versos. Me daba vergüenza contarlos, pero algunas veces escribía versos. Joder, si le hubiera dicho a la siquiatria que escribía versos, igual hubiera follado conmigo. Esto de la poesía es una cosa bien extraña. Le recité una vez unos poemas a una puta y no me cobró. Pero pasé una vergüenza terrible. Yo no sé qué les pasa a las mujeres y a los maricones con la poesía, que se ponen tiernos. Como la oficina no tenía ventana, a veces escribía versos, que es otra forma de

suicidio. Estaba otra vez con el coñac cuando sonó el teléfono.

—¿Encontrador de buscados? —era la misma voz del tipo que había dejado el mensaje en el contestador.

—Depende.

—¿Es o no es?

—Si me van a mandar a tomar por culo, no.

—Ah —dijo el tipo—. Era mi mujer, es que ella no sabe que yo le llamé para encontrar a mi cuñada. Mi mujer, en realidad, no quiere encontrarla... Pero yo sí. No sé cómo explicarle...

—¿Se acuesta usted con su cuñada?

—No. Sí. Una vez. Pero ahora ha desaparecido.

—Mire, yo no pierdo el tiempo con asuntos de bragas y braguetas, ni en líos de enamorados. Si me meto en esto le voy a cobrar un dinero...

—Le pagaré, pero tiene que encontrarla.

—Hecho. Necesito hablar con usted para que me dé los datos.

—Aquí en mi casa no, que mi mujer puede sospechar. Mejor quedamos para hablar en un bar del centro.

—¿El Avenida le viene bien?

—Lo conozco. En una hora estoy allí.

En ese bar me conocían, porque de vez en cuando les dejaba algo a deber, y si me veían con un cliente ganaría crédito. Mientras me dirigía al bar, iba meditando lo curiosa que es la vida: piensas en una cosa y ocurre otra, te esfuerzas en algo y sucede lo contrario. Yo era encontrador de buscados, una profesión que me gustaba porque me permitía patear calles, viajar siguiendo el rastro de los desaparecidos. Prefería que me contratasen para encontrar mujeres. Desde la escuela primaria, siempre había sido un buen rastreador de chuminos. Pocas mujeres se me escapaban, si estaban vivas y coleando. Los hombres siem-

pre desaparecen por los mismos motivos: deudas, alcohol, locura. Las mujeres son más complicadas, más interesantes. Yo no era un detective privado ni ninguna cochinita por el estilo. Los detectives son unos cabronazos que se dedican a seguir a la gente para sacarles fotos con sus amantes y que su pareja les pueda meter una buena demanda de divorcio, dejándoles sin los hijos y sin el dinero. Lo mío consistía, la mayor parte de las veces, en puro trabajo intelectual, algo similar a la arqueología. Localizar el objetivo, remover la tierra que lo ocultaba y ponerlo a la luz. Avisaba al cliente dónde estaba la persona desaparecida, cobraba el cheque y me dedicaba a follar hasta que se acababa el dinero.

El bar Avenida estaba lleno de gente que tenía dinero para pagarse una copa e invitar a sus acompañantes. Me senté en un rincón. Entonces me di cuenta de que no sabía quién podría ser mi cliente y, a no ser que él me reconociera, podíamos estar allí, uno frente al otro como dos pasmarotes. Cerca de mi taburete estaba sentada una tipa rubia que reía constantemente las gracias que le susurraba al oído su compañero de barra. Entonces el tipo se animó y le puso la mano sobre el muslo. Ella siguió riendo. La mano del tipo se iba metiendo bajo su falda. Yo no tenía por qué aguantar eso. Un mes sin follar y delante de mí un imbécil metiendo mano a una rubia. Cogí mi vaso, me levanté y cambié de sitio. No tenía para pagar la consumición, así que esperaba fervientemente a que apareciera mi cliente, o que se acabase el mundo o cualquier cosa. La rubia seguía riendo en la otra esquina de la barra. Pensé por dónde andaría la mano del imbécil. Dios. Me estaba poniendo nervioso. En el televisor aparecían las siglas de un partido político, y una dulce voz que nadie escuchaba prometía trabajo, paz y salud para todos los que le votasen. Estábamos en plena campaña para las elecciones.

nes municipales. Sentí un golpecito en el hombro. Me giré.

—¿Es usted el detective? —dijo un tipo moreno y bien parecido, de unos cuarenta y cinco años bien llevados, de esos que comen a diario filete y merluza.

—Soy el encontrador —repliqué.

—Se trata de encontrar a mi cuñada, como le he dicho por teléfono...

—¿Ha desaparecido contra su voluntad o se ha dado el piro?

—No lo sé. No tenía ningún motivo para ausentarse. Le traigo sus datos, una fotografía reciente y una lista de lugares donde podría estar y no está, porque he llamado por teléfono a todos ellos y nadie la ha visto.

—Tengo que saber de qué va el rollo —afirmé.

—¿A qué se refiere?

—Usted se acostaba con ella...

—Una vez.

—Una vez es suficiente. ¿Su mujer qué opina del asunto?

—No me toque las pelotas. Deje a mi mujer fuera de esto. Ella no cuenta...

La rubia reía ahora a carcajadas y me estaba empezando a molestar su risa. ¿Por qué no podía ser mía la mano que estaba en su muslo, debajo de su falda?

—Le estoy diciendo que no meta a mi mujer en esto —insistió mi cliente.

—De acuerdo, déme el material. Preferiría una foto de cuerpo entero y a poder ser en la playa, no se moleste, es un tema puramente profesional, las identificaciones son más seguras cuanto más se conozca de la anatomía de la persona desaparecida.

—Cuando sepa algo, no llame a mi casa, llámeme al teléfono móvil. Ahí tiene el número.

—Necesito un poco de dinero para empezar.

—Está bien. Tome —me alargó unos billetes—. Pero sea discreto y encuéntrela. No quiero que mi nombre circule más de lo necesario...

—No sé quién es usted...

—No se haga el gracioso —dijo malhumorado.

Y se marchó tan sigilosamente como había aparecido. Miré lo que contenía mi mano. Eran unos cuantos billetes. Los conté. Mil euros. Joder, con eso podría apañarme una temporada. Se me alegró la cara. Pagué el pacharán con hielo que me había tomado. El camarero respiró tranquilo. Antes de irme pasé al lado de la rubia y le dije al oído que le daba mil euros por un polvo. La tipa se indignó muchísimo. Por lo visto valía más. El imbécil que la acompañaba sacó la mano de entre las piernas de la rubia y quiso sacudirme un puñetazo. Por lo visto era su marido. Este mundo está completamente loco. Ya no hay manera de acertar. Se ha perdido la noción de lo que era blanco y lo que era negro, ahora todo es gris. En fin, que saqué como pude del trance y respiré el aire fresco de la calle.

4

LA TIPA DE LA FOTO estaba como un tren. No me extrañaba que su cuñado, o lo que fuera, quisiera encontrarla. Esta vez sí que paré un taxi. El chófer se empeñó en hablarme, durante todo el recorrido, de lo cara que estaba la vida, de lo que costaba mantener a la familia y de lo mucho que tenía que trabajar para costearle los estudios en la puta Universidad de Deusto a su hijo mayor. No le di propina, así que su palabrería resultó vana. No le di propina porque a ese tío le había visto gastándose el dinero a manos llenas en un bar de copas que yo frecuentaba. Lo vi con una tipa guapa, que no podía ser su mujer, invitando a beber a todo el mundo. Me iba a contar a mí, que llevaba un mes a pan y agua, lo que cuesta ganarse la vida...

Estaba de nuevo en mi oficina. Todavía quedaba coñac. Bebí a morro. Encendí un cigarro. Tosí y lo apagué. Había dejado de fumar hacía unos meses. Empezaba los cigarrillos, pero no acababa ninguno. Eso es dejar de fumar.

Tenía que aclarar el embrollo de la tipa desaparecida. Puse todos los papeles sobre la mesa. La foto, nombres, direcciones... Besé la foto. Desde luego, mi oficio era acojonante: buscar mujeres para otros. Volví a beber. Llamé a los mismos números de teléfono que había llamado mi cliente. Nadie sabía nada de la chica. Marqué el último número de la lista, un número de Madrid capital.

—¿Dígame? —era voz de hombre.

—Llamaba para preguntar por Begoña Ugarte.

—Begoña Ugarte no vive aquí.

—Ya. Soy un amigo que no la encuentra y quería saber si tienen idea de dónde puede estar...

Hubo un silencio. Ruido de teléfono. Le habían pasado el auricular a otra persona.

—¿Y usted quién es? —ahora era voz de mujer.

—Un amigo.

Otro silencio.

—¿Es usted Luis?

—Depende —dije.

—¿Es usted Luis o no es usted Luis?

Joder, la cosa se ponía chungueta. Si decía que era el tal Luis a lo mejor acertaba, y bingo, o a lo mejor la cagaba y me colgaban. Yo qué coño sabía si ese Luis era el que querían que fuera o el que no querían que fuera.

—Que se ponga Begoña, por favor —insistí.

Otro cambio de teléfono.

—Eres un cabrón —dijo otra voz femenina—. Y el niño es tuyo.

Me quedé de piedra. Tuve que reflexionar que yo no era el tal Luis, para darme cuenta de que el niño no era mío. No era la primera vez que me trataban de colar, así, por las buenas, una criatura. Fue un verano en que pasé cuatro cuartos del tiempo borracho y, en una de esas borracheras, en la barra de un bar, conocí a aquella morena que no lle-

vaba nunca sujetador. Gracias a Dios que el niño nació pelirrojo y con pecas, como el camarero del chiringuito en que tomábamos las cervezas, que si no, todavía estaría pasándole una pensión. De todos modos, la morena me sacó todo lo que tenía en la cartera, porque se empeñó en que, después de hablar tantas horas conmigo en aquella barra, algo mío tendría la criatura.

—Un cabrón —insistió la voz al otro lado del teléfono—. Y demostraré que el niño es tuyo.

Tosí.

—Entonces, ¿es usted Begoña Ugarte?

—¿Con quién hablo? —dijo ella—. ¿No eres Luis?

—Depende —volví a decir.

—Llama de parte de Luis, ¿verdad?, porque el cabrón no se atreve... Dígale que se vaya a la mierda, que le odio, que es el hombre más canalla que he conocido. ¿Cómo pudo dudar de que él era el padre? ¿Quién se piensa que soy? ¡Canalla!

—Una pregunta —le corté—. Luis es su cuñado, ¿verdad?

—Sí.

—Pues él dice que sólo lo hicieron una vez, quizás de ahí vengan sus dudas...

—¿Una vez? ¡Una vez! Será cabrón y mentiroso. Se ha inflado a follar conmigo. Siempre que mi hermana faltaba de casa, nos íbamos a la habitación. Lo que pasa es que tiene miedo de estropear su carrera política, y más en plenas elecciones. Así son los políticos conservadores... Todo por el partido, nada que ensucie la imagen del partido. El muy hipócrita...

—Oiga, ¿y no sería más adecuado que todo esto lo hablase con él? Me ha pedido que la busque. Yo le llamo y le digo que la llame.

—No tengo nada que hablar con ese cretino —se puso

terca—. Si quiere hablar conmigo que sea a través de usted.

—Pero yo... Yo no tengo nada que ver en este lío. Es mejor que hablen entre ustedes...

—Dígale que quiero un millón de euros o voy derecha a los periódicos.

Hostia. Un millón de euros por dejarse inflar por un idiota de derechas. Las tipas de ahora no se andaban por las ramas. Era culpa de la maldita televisión. Tanta puta en horario de máxima audiencia crea después estas situaciones. Todo se pone carísimo. Yo llevaba un mes sin follar y seguramente cuando pudiera ir habrían subido también los precios y tendría que pensármelo. Miré al reloj. Eran las ocho de la tarde. Llamé a la siquiatra. Con un poco de suerte todavía estaría en su consulta.

—¿Sí? —dijo, y reconocí su voz.

—Soy el paciente que ha tenido esta tarde, el señor Gómez. Verá, se me olvidó decirle que de vez en cuando hago versos.

—¡Váyase a la mierda! —gritó.

Bueno, al menos lo había intentado. No todas las mujeres son sensibles al arte. Lamí el morro de la botella. Ya no le quedaba casi nada. Tenía cerca de mil euros en el bolsillo y había localizado a la mujer. Pero me daba que la cosa no estaba resuelta del todo. Llamé al móvil a mi cliente.

—¿Es el detective?

—Tengo noticias —dije—. He localizado a su cuñada.

—¿Dónde está?

—En el último número de la lista que me dio.

—Pero si llamé ahí y me dijeron que no estaba...

—No quiere hablar con usted, quiere hablar conmigo.

—¿Qué?

—Dice que el niño es de usted. Y que o le da un millón de euros o lo cuenta en los periódicos.

—Tenemos que vernos otra vez —dijo el tipo.

—¿En el mismo bar, en una hora? —dije.

—No. Venga a mi casa.

—¿Y su mujer?

—Se ha ido a casa de su madre, no volverá en unos días.

Anoté la dirección. Era una calle de gente fina, donde hasta los perros levantan la pata con estilo para mear a las farolas. Volví a tomar un taxi. Joder, era el mismo tipo con el mismo rollo de la carestía de la vida y de los estudios de su hijo mayor. Pero yo no le escuchaba. Estaba distraído mirando a unas colombianas, que cruzaban por un paso de cebra meneando sus gordos culos como sólo ellas saben hacerlo. Mereció la pena la distracción.

5

ME GUSTABA LA CIUDAD oscurecida. Con sus luces y sus zonas sombrías, su ruido y su silencio. Su verdad y su mentira. Y sus putas acechando a los hombres en las esquinas, lo mismo que los lobos acechan a los corderos, para comérselos crudos y no dejar nada en su cartera. Entonces vi su jeta en un cartel publicitario. Ese era mi cliente en persona. Luis Arregui. Candidato a alcalde por un partido nacionalista, católico y de derechas. De esos que tienen más amor a la tierra que a la gente que la habita, pero que siempre ganan las elecciones porque parece ser que esa gente no se merece nada mejor. El voto de la honradez —ponía en letras grandes—. Eso era. Cojonudo. Y yo, un pobre paria de la tierra, un desheredado de la fortuna, estaba metido en un lío con un candidato político. Nunca había llegado tan alto. Así es la vida, cuando parece que estás hundido en el fango, te conviertes de pronto en el amigo del futuro alcalde. El taxi me dejó a la puerta de la casa.

—No sabe cómo nos sangran a los padres nuestros hijos —decía el taxista—. Los estudios, la paga semanal, ropa, comida, el ordenador, la maldita música que escuchan, y a veces incluso vienen con el cuento de que se quieren comprar un libro. ¡Para qué coño querrán un libro!

Le di el dinero justo, ni un céntimo de propina. Allí se quedó refunfuñando. Al pie del portal había un tipo con pinta atlética, chaqueta y gafas oscuras. Parecía talmente un guardaespaldas. Giró el cuello hacia mí. Seguramente me estaba haciendo una radiografía. Pero yo nunca he llevado armas. Mi trabajo es intelectual, ya he dicho. Llamé al portero automático y sonreí a la pequeña cámara.

—Suba —dijo mi cliente.

Era, desde luego, un edificio de categoría. Alfombras, espejos, todo tipo de detalles de esos que marcan la clase de los vecinos que allí habitaban. Incluso el ascensor era de lujo. Imaginé un polvo en ese ascensor con una de las vecinas. Tenía que ser como tocar el cielo. ¿Lo habría hecho mi cliente con su cuñada en el ascensor? Eso estaba pensando cuando se paró y se abrió la puerta. En el descansillo había una tipa con un camisón transparente asomada a la puerta de su casa, que me indicaba con el dedo que pasase. Era mentira, no había ninguna mujer con ningún camisón, y mucho menos me requería a mí. Pero me gustaba imaginarlo. Llamé al timbre y salió Luis Arregui, igualito que en el cartel, peinado y con cara de merecerse todos nuestros votos. Me hizo entrar. Por dentro, la casa hacía honor al lujo exterior. Buena madera, buenas alfombras, buenos muebles. Me entraron ganas de orinar sólo por ver el retrete. Un lujo, cagar allí sería casi un acto de elegancia. La escatología convertida en arte. Arregui me preparó una copa de un excelente coñac, con lo cual se ganó mi agradecimiento, mi admiración, incluso mi voto si

yo alguna vez hubiera tenido la mínima intención de votar, que no era el caso. Nos acomodamos en un sofá, y fue él el primero que inició la conversación.

—Será mejor que vayamos al grano —dijo—. Dice usted que mi cuñada pide un millón de euros...

—Eso es.

—¡Está loca! —exclamó.

—Un millón de euros por un polvo —dije yo haciéndome el gracioso.

—Vaya a por ella y tráigala aquí —dijo—. Quiero hablar con ella cara a cara.

—Dijo que no quería saber nada de usted.

—Es imposible. Ella me quiere. Está loca por mí. No fui yo quien la sedujo, no sé si me entiende. Ella tomó la iniciativa.

El tipo estaba muy seguro de sí mismo. Podía haberle contado las veces que una mujer había tomado la iniciativa conmigo y las veces que después me había mandado a la mierda, tratándome como a una basura. Las mujeres toman la iniciativa cuando les da la gana y te mandan a la mierda también cuando les da la gana. El mundo es así. De nada sirve lamentarse. Los hombres somos débiles, corderos, vamos al matadero creyendo que valemos para algo, y somos simple carne que luego cuelgan de un gancho y hacen filetes. Pero no me había contratado como consejero sentimental, sino como encontrador de buscados. Y, en realidad, yo ya había cumplido con mi trabajo. Había sido fácil. Encontré a la chica. Si luego ella no quería nada de mi cliente, era cosa suya. Si quería sacarle un millón de euros, también era cosa suya.

—Yo he hecho mi trabajo —pronuncié—. He encontrado lo que usted me pidió.

—Quiero que siga trabajando para mí —insistió.

—Yo no soy detective.

—No quiero un detective, quiero simplemente que la traiga.

—Eso no entra dentro de mi trabajo.

Bufó un poco, dejó la copa de licor sobre la mesa, se fue un momento y regresó con más billetes en la mano.

—Quiero que haga esto por mí, y quiero discreción. Toda la discreción del mundo.

Miré los billetes, abultaban bastante. Muchos polvos. La suerte estaba echada. Alargué la mano. Los pobres meneamos el rabo como perros contentos en cuanto los ricos nos enseñan la calderilla. Vivimos con los restos del banquete de las grandes mesas, los obreros lamen sus sueldos mientras los empresarios dan los grandes bocados. Y yo era el último mono, el eslabón más débil en la cadena de la economía del país. No tenía trabajo fijo, ni pagaba las cuotas de la mutualidad, ni tenía ningún seguro, ni siquiera nadie me cosía los bajos de los pantalones cuando se deshilvanaban.

De modo que allí me vi, saliendo de aquella casa de ricos, como si yo también fuera un señor, con el bolsillo lleno y una sonrisa un tanto idiota, que se me borró de inmediato en cuanto me dio el aire de la calle y me paré a pensar en cómo demonios iba a conseguir traerle por las buenas a mi cliente a su díscola cuñada, que lo que pretendía era sacarle un millón de euros por el morro, o por el vientre. Pensándolo mejor, también podía coger la pasta que llevaba en el bolsillo y desaparecer unos cuatro años, que es lo que hacen los políticos después de las elecciones. Pero yo no era un político, sino un ciudadano corriente. Algo borracho, no muy laborioso, bastante obseso sexualmente, y, quizás, admito que un poco grosero. Pero, en definitiva, honrado.

Me fui derecho a la estación de autobuses. No tenía coche, ni había viajado nunca en avión. Lo mío eran los autobuses. No era el medio de transporte más rápido, ni el

más cómodo, ni el más seguro. Pero a mí me gustaban los autobuses. Cincuenta personas roncando y cabeceando en un asiento rígido, mientras afuera la oscuridad se comía a bocados cualquier atisbo de luz.

—¿Adónde va este autobús? —me dijo un señor mayor que estaba sentado en el asiento de al lado al mío.

—Coño, pues a Madrid, adónde va a ir —dije en un tono un tanto sarcástico.

—¡Yo no voy a Madrid, voy a Barcelona! —exclamó—. ¡Dígale al chófer que pare, yo no voy a Madrid!

Se organizó un pequeño alboroto. Algunos viajeros despertaron de su sueño pensando que había ocurrido un accidente, o algo así. El conductor lanzó un par de juramentos.

—¿Usted, adónde coño dice que va, abuelo? —dijo.

—¡Voy a Barcelona! —protestó el abuelo.

—Joder, mecagüenloscojones, casoentodoslosdiosesdelolimpo —dijo el conductor malhumorado—. Este es el autobús de línea que va a Madrid. El de Barcelona era el 82 y este es el 28.

—Yo soy disléxico —dijo el abuelo.

—Usted es idiota —dijo el conductor—. Y ahora ¿qué cojones hago yo con usted?

El viejo se puso a lloriquear, decía no se qué de que no volvería a ver a sus nietos. Le di un pañuelo de papel. Todos acabaremos siendo viejos y equivocándonos de autobús, pensé.

—Está bien, pichacorta —le grité al chófer—. Deja de insultar al abuelo, yo me hago cargo de él.

6

MADRID ES UNA CASA de putas muy grande. El autobús nos dejó en la terminal. El abuelo quería mear y yo tomar un trago. Nos fuimos derechos al bar.

—¿Me ha recogido la maleta? —dijo el abuelo de pronto.

—Qué cojones le voy a recoger la maleta.

Pues me he quedado, también sin equipaje...

—Mejor, yo tampoco llevo equipaje, que le den por culo a los equipajes —dije.

Se encogió de hombros y entró corriendo en los servicios.

—La próstata —iba diciendo.

Allí estábamos el viejo y yo en la terminal de autobuses. Me tomé un coñac, dos, tres... El viejo pidió un café con leche. Eran lo menos las tres de la madrugada. La tipa que estaba sentada en una mesa, con las piernas cruzadas y la falda subida muslo arriba, me miraba de vez en cuando. Su

acompañante era un imbécil con pinta de no haber meado nunca fuera del tiesto ni haber follado en propiedad ajena. Ella, en cambio, ese muslo... El abuelo sorbía su café.

—Otro coñac —le dije al camarero.

Me la comía con los ojos, ella me miraba a hurtadillas con un gesto que lo mismo podría significar asco que deseo, como miraba la Gioconda a Leonardo. O a lo mejor era imbécil ella también y tenía la sonrisa imbécil. Pero fuera lo que fuese me estaba poniendo fuera de mí. Lo cual tampoco resultaba tan difícil teniendo en cuenta las circunstancias de que yo llevaba un mes sin follar. El tipo que la acompañaba se ausentó en dirección al baño. Joder, me puse nervioso. Me miró. La miré. Me miró. La suerte estaba echada. Bajé del taburete y me acerqué a ella.

—Me parece que nos conocemos —dije.

—Yo no le conozco de nada —dijo ella.

—Podríamos echar un polvo en el servicio de señoras —dije—. Así empezaríamos a conocernos.

Sopló.

—Soy policía —dijo—. Y estoy de servicio. Mi compañero vendrá en un momento. Estamos a punto de detener a unos tipos. No lo joda todo.

Regresé al taburete. Cinco minutos después, llegaron dos pringados con una pinta horrible. Los polis se levantaron tranquilamente y los detuvieron. No hubo resistencia ni ruido. Trabajo limpio. El abuelo se estaba comiendo un bollo. Yo me limité a mirarle el culo a la policía según se alejaba. No me hubiera importado comer ese bollo. Pero la vida es así de injusta.

—No tengo dinero para pagar —dijo el viejo.

—No importa, abuelo, pago yo.

7

EL TAXI NOS DEJÓ enfrente de la pensión Paradise, que nos había recomendado el camarero. A la vuelta de la esquina había un par de putas ajustándose las ligas. Las miré, pero el abuelo quería hacer pis otra vez con cierta urgencia.

—Es el café con leche, que me desata la vejiga —dijo.

Así que nos dirigimos directamente a la pensión. Uno de esos edificios antiguos que parecía poder derrumbarse en cualquier momento, y que se sostenía apoyado en otros edificios tan ruinosos como él. Debían ser todos ellos de la época en que Alfonso XIII se rascaba las pelotas en el Palacio Real, antes de ir a rascárselas a París, Estoril y Roma. Llamamos al timbre. El camarero les había avisado de nuestra llegada inminente. Una mujer entrada en años y en carnes nos abrió la puerta. Primero me miró a mí y frunció el entrecejo, luego observó al abuelo y se le dulcificó el semblante. Por lo visto el viejo le ofrecía más confianza, y es que yo me había mirado un rato antes en un espejo del

taxi y, la verdad, daba miedo. Tenía los ojos salidos de las órbitas como un maníaco dispuesto a trajinarse incluso una gallina.

—Pasen —dijo—. Es en la segunda planta, ahora les acompaño. El baño está al final del pasillo.

El abuelo fue derecho al baño. Yo me quedé preguntándole a nuestra posadera si servían bebidas. Frunció de nuevo el entrecejo.

—Aquí no se sirven bebidas ni otras cosas, esto es un lugar decente —dijo—. Lo que usted busca, búsquelo en la calle, que está llena de vicio.

Me acordé de las putas. Si conseguía dormir al abuelo, todavía estaba a tiempo de... Pero el viejo no tenía sueño, el muy cabrón. Teníamos una cama para cada uno. Y él, en la suya, no paraba de hablar de sus hijos, de sus nietos, de su difunta mujer, que en paz descanse, que se había ido como un pajarito, una mañana de hace no recordaba cuántos años, en aquella cama de hospital.

—Nadie ponía como ella el bacalao al pil-pil —decía—. Y los chipirones en su tinta...

Yo estaba en la cama, pero vestido. Esperando que el viejo callase y empezase a roncar para darme el piro y caerles encima a las dos pájaras de la esquina. Me quedé dormido. Oía entre sueños la voz del viejo diciendo que sus hijos no le querían tener, que se lo repartían entre el de Bilbao y el de Barcelona, tres meses con cada uno. Un trajín de viajes para acá y para allá. Que ya le estaban hablando de internarlo en un asilo. Y que, en realidad, se había metido en el autobús de Madrid sabiendo lo que hacía, para escaparse de todo y de todos, y para no ir al asilo. Pero esto último no debí oírlo muy bien, porque me hubiera despertado y le hubiera retorcido el pescuezo, y no lo hice.

Por la mañana, bien temprano, se escuchaba una canción de Rocío Jurado; interpretada, seguramente, por

la posadera mientras pasaba la fregona a los pasillos. Una canción en la que le dice a un tipo eso de «hace tiempo que no siento nada al hacerlo contigo». La posadera ponía mucho énfasis en lo que cantaba, como si fuera verdad y se lo estuviera diciendo a su marido. En los retretes empezaban a sonar las cañerías. Miré por la ventana, no había un alma en la calle. El viejo dormía como un bendito en la cama de al lado. Todavía quedaban algunas farolas encendidas. Me hubiera puesto como un tonto a escribir versos allí mismo, en la penumbra, pero recordé que tenía un trabajo que hacer. Saqué la foto de la tipa que tenía que encontrar y llevar junto a su cuñado, el candidato a alcalde, que la había preñado, o eso decía ella, y que estaba convencido de que ella lo quería más que a nada en el mundo y que lo de pedirle un millón de euros para no ir a la prensa con el cuento del embarazo era una broma. La cuñadita estaba realmente buena, como esas mujeres que te quitan el hipo y la cartera, que te hunden la carrera política o cualquier otra carrera y todavía las invitas a una cena con velas y champán. Yo tenía la teoría de que esas mujeres en realidad no existían. Yo, al menos, no había conocido a ninguna. Eran imágenes holográficas que nuestra mente calenturienta proyectaba sobre la nada para darnos un motivo de placer y de dolor. El placer de soñarlas y el dolor de saber que eran mentira. Las mujeres de verdad tenían michelines y pelos en las piernas, las tetas caídas, el culo gordo, y el rostro, si te fijabas en él, que hasta yo lo hacía algunas veces, siempre resultaba imperfecto, con algún detalle desagradable en la nariz o las cejas o los pómulos o la frente. Pero la foto de aquella mujer perfecta parecía tan real y verdadera como la voz que cantaba en el pasillo o la música de las cañerías.

Le di una patada al abuelo y lo desperté. Me molestaba aquel viejo respirando acompasadamente después de haberse pasado la noche fastidiándome los oídos.

—Tenemos que trabajar, abuelo —dije.

—¿Trabajar? Yo estoy jubilado...

—Eso era antes. Ahora trabaja usted para mí. Es mi ayudante.

—¿Ayudante de qué?

—Tenemos que localizar a una gachí que está buenisísima y llevarla con su amante.

—Mira hijo, yo ya no estoy para esas cosas. Soy viudo, jubilado, tengo artrosis, me duele la pilila al mear y lo único que le pido a la vida es un poco más de salud para ir enterrando a todos los de mi edad.

—Pues no le queda más opción que ayudarme o que le deje en un asilo de monjas, de esas que le van a tener todas las mañanas viendo en el televisor el programa de María Teresa Campos y todas las tardes rezando el rosario. Que no se sabe qué es peor...

El viejo no lo dudó. Se levantó de la cama y se puso la ropa. Nos dieron de desayunar café con achicoria, pan tostado untado en margarina y un vaso pequeño de un zumo de garrafa que lo mismo podría ser de piña, de pera, que de melocotón. Sabía a todos los sabores del mundo. La señora de la pensión se nos acercó mientras desayunábamos.

—Como no tienen ustedes equipaje, será mejor que me paguen lo que vayan consumiendo... No es por nada, son las normas de la casa. Que alguna vez hemos tenido algún pupilo desmemoriado que se nos ha largado sin pagar. ¿No sé si me entienden?

Le solté los euros que me pidió y se le puso mejor cara. Para mí que dudaba de que tuviéramos con qué pagarle. Además hice un poco de ostentación sacando del bolsillo un fajo de billetes, que eran todo lo que tenía en el mundo, pero que servían para impresionar a una mujer como aquella, bastante acostumbrada a la miseria humana.

—Canta usted muy bien —le dije.

Se sonrojó.

—En mi juventud gané un concurso de coplas en la radio —exclamó con cierto orgullo—. También gané un concurso de belleza.

De eso debía hacer un montón de años. Pero le dije un par de frases galantes, quitándole importancia al transcurso del tiempo. Creo que incluso llegue a insinuarle que seguía siendo una mujer hermosa. No me costaba nada mentir. La verdad hace más daño que la mentira. La mentira es, en muchos casos, tan necesaria como el aire para seguir respirando. El abuelo, entretanto, se comió mi pan tostado y se bebió mi vasito de zumo. Quería tomarse también mi café, pero le pegué en la mano.

8

YA NO ESTABAN las putas en la esquina. No había putas por ningún lado. Las putas son las reinas de la noche. Durante el día las calles se visten de decencia, falsa decencia. Y se llenan de tipos y tipas que corren a sus trabajos, amas de casa con las bolsas de la compra llenas de repollos y parados fumando de prestado. Si hubiera tenido fuerza para cargar con una bombona de butano hasta un quinto piso sin ascensor, me habría metido a butanero y me follaría media docena de amas de casa al día. Con la bata, los rulos y las compresas para las pérdidas de orina, pero con su corazoncito y sus ilusiones de parecerse, aunque sea en el blanco del ojo, a Julia Roberts o a Penélope Cruz. Sus maridos eran unos gilipollas que no sabían apreciarlas, así que ellas se mataban a telenovelas y a botellas de anís. Precisamente en eso estaba pensando, cuando pasó ante nosotros un butanero, rumano o polaco, con su bombona y su buzo color anaranjado, y entró en uno de los portales.

Por un momento me dio envidia, el tío. Seguramente bajaría dentro de un rato, lo que dura un polvo rapidito, con la bombona también vacía. Le dije al abuelo que acelerara el paso, que no teníamos todo el día. Tomamos un autobús urbano que llevaba por la zona de la carretera de La Coruña, concretamente hacia la calle Santiago de Compostela, que era donde estaba la chica, o, al menos, el teléfono desde el que había hablado conmigo. El tráfico en Madrid es una mierda, y el conductor del urbano tenía su día tonto. Iba más lento que los viandantes. Luego me di cuenta que tenía puesto el espejo retrovisor para mirarle el escote a una señorita que se sentaba justo detrás de él. Así que no se enteraba de nada del tráfico. La verdad es que un escote así merecía haber parado el autobús en mitad de la calle, haber detenido la circulación y haberle puesto una multa a la portadora de semejante peligro.

Llegamos a la calle que buscábamos y al número que buscábamos. Una zona gris, alejada del centro, poblada de casas convencionales, todas similares, donde se aglutinaban masas enteras de ciudadanos que veían transcurrir su existencia sin esperar grandes milagros y contentos de llegar a fin de mes. Encontré el portal. En el piso cuarto B estaba lo que buscábamos. Donde, según me había dicho Luis Arregui, vivían de alquiler unos amigos de su cuñada, estudiantes de derecho en la Complutense. Dejé al abuelo sentado en un banco, esperando mi regreso, y aproveché que entraba una vecina con la bolsa de la compra para colarme dentro del edificio. El ascensor era estrecho. La mujer, la compra y yo. Puso la compra hábilmente entre nosotros, como una barrera infranqueable. Se quedó en el tercero. Salió sin despedirse, sin dirigirme siquiera un seco adiós. No parecían muy simpáticos los vecinos de esta casa. Llegué al cuarto B, apreté el timbre dejando el dedo un rato. Escuché pasos dentro, que se acercaban a la puer-

ta. Alguien debía estar ojeando por la mirilla. Puse cara de buena persona. Como no ocurría nada, volví a tocar el timbre. Se abrió la puerta un poco.

—No damos limosnas —dijo una muchacha que tenía el pelo teñido de un rojo bastante escandaloso—. Los servicios sociales del ayuntamiento le atenderán...

Vaya país este, pensé, si pones cara de buena persona te toman por un pobre. Me pregunté si tendría el pelo de más abajo teñido también de ese color. La joven debió leerme el pensamiento, porque intentó cerrar la puerta de inmediato, pero colé el pie.

—Vengo de parte de Luis Arregui —dije—. Estoy buscando a Begoña Ugarte.

Hubo un momento de indecisión. Un instante de duda por su parte y aproveché para empujar la puerta y terminar de abrirla. Entonces apareció en el recibidor un tipo guapo, que tenía el mismo aspecto de esos que anuncian colonias por la tele. Sin mediar palabra me soltó un puñetazo. Le di dos. Me dio tres. Ahí acabó la cosa. Desperté pensando que habría transcurrido como mucho un minuto, pero había pasado media hora. La verdad es que tenía sueño atrasado. Seguramente había sido eso lo que me había tumbado. Que uno lleva una mala vida. Mucho alcohol, pocos yogures, noches de insomnio, sexo irregular y practicado sin calma, sin sosiego, porque si te pasas de la media hora, te cobran otros sesenta euros. Vida de pobre.

9

ME HABÍAN RECOSTADO en un sillón. Tenía la ropa revuelta. Habían registrado mi cartera, pero no faltaba nada, porque no había nada interesante en la cartera de alguien tan vulgar como yo. El carné de identidad de un tipo anónimo, una tarjeta de crédito sin crédito, algunos papeles arrugados llenos de palabras ininteligibles, un maldito pasaporte sin estrenar, que lo había sacado tras una borrachera en que soñé que viajaba por el mundo, sin darme cuenta que era el mundo el que viajaba por mí: por encima de mí, quiero decir. Y una pequeña y ajada fotografía de una mujer de rostro también vulgar, fallecida doce años atrás. Una mujer que no parecía tener ninguna importancia, y que sólo la tenía para un tipo como yo, que a veces se conformaba con un vaso de coñac y unos recuerdos. El dinero que me había proporcionado Arregui y la foto de su cuñada, los guardaba en un calcetín, por si acaso. Era el viejo truco de un borracho habitual, que estaba acostumbrado a amanecer

tirado en cualquier esquina, con los bolsillos al alcance de cualquiera.

La chica sujetaba una bolsa con hielo sobre mi ojo derecho, el guapo me miraba con aire compungido, tenía él también un moratón sobre el pómulo.

—¡Vaya manera de recibir a las visitas! —dije.

—Creímos que Arregui había mandado un matón para que le solucionase el problema —respondió el guapo.

—¿Tengo yo pinta de matón?

—¿Quién es usted? —dijo la chica—. ¿A qué ha venido exactamente?

—No soy un matón, sólo un tipo que se dedica a encontrar gente para otros. Usted quiere que busque a alguien y yo lo encuentro. He venido de parte del señor Arregui para hablar con Begoña Ugarte y convencerla de que regrese con él.

—Un arreglo amistoso —dijo el guapo.

—¿Y la pasta? ¿El millón de euros? —preguntó la pelirroja.

—¿Dónde está Begoña Ugarte? —pregunté a mi vez en tono imperativo.

—Ha ido al ginecólogo, al doctor Larrimbe. Él puede certificar que Begoña está embarazada —aseguró la pelirroja también en tono imperativo.

—A mí me da igual que esté preñada o que levite mientras reza el ángelus —dije—. Quiero hablar con ella.

Miraron al reloj. Me acordé de que el abuelo estaría abajo esperando. Seguramente se habría quedado dormido recostado en el banco, los viejos se quedan dormidos en cualquier parte, y estaría soñando con aquel plan de jubilación que nunca hizo y que ahora le permitiría no depender de los hijos.

—Tengo a mi socio abajo, aguardando —dije—. Espero que su amiga no tarde en llegar. Mientras tanto podrían

servirme un coñac de la botella que tienen sobre la repisa.

La chica dejó en mis manos la bolsa de hielo con la que pretendía curar mi tumefacta ceja y me llenó medio vaso con el líquido marrón de la botella. Lo apuré de un trago. Era bueno. Los dos me miraban sin hablar, como esperando que yo dijese algo importante. Eructé. El aire regurgitado de las cloacas estomacales fue todo mi discurso. Empezaron a cuchichear al oído. Pasaron los minutos.

—Denme la dirección de ese tal doctor Larrimbe —dije de pronto.

—Sin permiso de Begoña, nosotros no le damos nada —dijo el chico.

—Mire, joven, me está tocando usted mucho las pelotas —rugí—. Primero me pone el ojo morado y ahora se niega a darme la dirección del ginecólogo de su amiga. ¿No tendrán ustedes algo que ocultar? ¿No serán ustedes unos delincuentes?

—Aquí el único delincuente es Arregui —vociferó la chica—. Deja a su cuñada embarazada y no quiere pagar las consecuencias...

—¿Conoce a Arregui?

—Claro que sí. Me invitó Begoña a pasar un fin de semana con ellos y el tío se me metió en la cama.

—¿Y usted lo echó?

—Estaba borracha, no sabía bien lo que hacía.

—¿No estará también embarazada de Arregui? —dije en tono irónico.

El guapo se levantó para pegarme otra vez. Y en eso estaba, cuando se abrió la puerta de la calle y se escucharon sonidos de tacones por el pasillo.

—¿Qué sucede aquí? —dijo la recién llegada—. ¿Quién es este hombre?

—Vengo de parte de Luis Arregui —pronuncié apar-

tando al guapo—. Quiere que vuelva con él y que hablen del asunto en que están metidos.

La tipa era indudablemente Begoña Ugarte. No estaba igual que en la foto, pero se parecía lo suficiente. La verdad es que valía menos en persona que en imagen. Tenía los ojos más hundidos, algunas ojeras y unos feos granitos sobre la frente. De todos modos, aun al natural, seguía siendo una belleza. Pensé por un instante que el cabrón de Arregui se había cepillado a las dos chicas que me rodeaban. A lo mejor también se había cepillado al guapo. A lo mejor ganaba las elecciones y se cepillaba a todos los ciudadanos. A mí me daba igual a quién se cepillase. Bueno, no tanto, me parecía una injusticia que unos tuvieran tanto y otros tan poco. Pero dejé de distraerme con pensamientos vanos y presté atención a lo que la tipa me decía.

—No tengo nada que hablar con Luis —musitó—. Ya me ha hecho suficiente daño. Ahora se lo pienso hacer yo.

—Yo sólo quiero que vaya y hable con él —dije—. Lo que usted le diga me tiene sin cuidado, como si le manda a la mierda o le pega una patada en los cojones.

—Le he dicho que no voy a ninguna parte —se puso terca.

—Entonces, déjenme llamarle por teléfono a Arregui y explicarle lo que pasa —dije—. Déjenme usar su teléfono. Aclaremos de una vez las cosas.

—Está bien —dijo Begoña Ugarte—. Pero yo no pienso hablar con él. A mí no me ponga en el compromiso de conversar con él. Nosotros nos lo hemos dicho todo. Dígame que quiero un millón de euros lo antes posible o que acabo con su carrera política.

Marqué el número del móvil de Arregui. Después de los ruiditos, escuché su voz preguntando quién llamaba.

—Soy Gómez —dije—. Estoy en Madrid con su cuña-

da, y me dice que no hay nada de qué hablar, que quiere la pasta cuanto antes.

—Póngamela.

—Se niega a hablar con usted.

—Le digo que me la ponga.

—Y yo le digo que no quiere hablar... La chica no muestra ningún interés por usted, sólo por su dinero, no sé si me entiende. Usted tiene cuarenta y tantos años y ella veintipocos, coño, despierte a la realidad.

—No es cuestión de edad, a ella le gustan los hombres mayores —dijo como con rabia.

Eso me alegró el día. Igual yo también podría intentarlo. Le pedí a Arregui que esperase un momento. Tapé el auricular para que no me escuchase, y le dije a la chica:

—¿Quiere usted follar conmigo?

—¿Pero, qué dice, está usted loco? —replicó ella de malos modos.

—Bueno, sigamos —le dije de nuevo a Arregui—. ¿Qué hago ahora?

Escuché sonidos confusos al otro lado de la línea. Tal vez Arregui se aclaraba la garganta o tal vez estaba echando unos juramentos.

—Necesito que llegue hasta el fondo del asunto —dijo—. Quiero saber si mi mujer está también metida en este embrollo.

—¿Su mujer?

—Nuestro matrimonio no va bien. Hemos hablado de dejarlo después de las elecciones. Tal vez ella quiera jugar con ventaja...

—¿Y qué hay de su cuñada, qué hago con ella? —pregunté.

—Mátela —contestó.

—¿Qué?

—Es broma, coño, hágale creer que le daré el dinero.

Que piense que ha ganado la partida. Entretanto, usted investigue.

—Ya le dije que yo no era un detective.

—Deje de hacerse el gracioso conmigo. ¿Acaso no cogió los billetes que le ofrecí? Haga su trabajo.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Por cierto, una cosa más, ¿está con mi cuñada un imbécil guaperas con cara de anuncio de colonia?

—Sí, aquí está.

—Bien, estupendo —dijo satisfecho antes de cortar la comunicación.

Miré a la chica. Su rostro indicaba tensión, nerviosismo. Había encendido un cigarro, lo cual, en su estado, no parecía lo correcto.

—El señor Arregui accede a entregarle el dinero —dije—. Pero necesita tiempo. Y usted no debería fumar... Luego nacen los niños pequeños y amarillos.

10

DESCENDÍ HASTA EL PORTAL en el ascensor. Los buzones estaban repletos de propaganda electoral. Los sobres se salían por las bocas de los casilleros. El cartero pegó una patada a su saca y la dejó abandonada en un rincón. Se metió en el bar de enfrente, pidió un carajillo y se puso a leer un libro de Bukowski. Un tipo inteligente este cartero, pensé, no llegará a ninguna parte. El abuelo seguía como un pasmarote sentado en el banco. Una paloma le había cagado sobre el hombro y no se había enterado.

—Tenemos más trabajo, abuelo —le dije—. Vamos a mirar en una guía telefónica a ver si localizamos a un tal doctor Larrimbe.

Entramos en el bar. El cartero se partía de risa mientras pasaba las hojas del libro. Se pidió otro carajillo. Me pareció que ese día no llegarían todas las cartas a su destino. Busqué en la guía. Había varios Larrimbe. Uno era cerrajero, otro tenía una imprenta. Allí estaba. Larrimbe,

P. M. Médico. Plaza de la Concepción n° 69, 1°. Le invité al abuelo a un coñac. Cuando se lo pusieron delante, dijo que él no quería eso, que él quería un café con bollo. Me tomé mi coñac y el suyo. Se tragó el bollo en dos bocados. Era goloso. Un puto viejo goloso que estaba allí, a mi lado, tan tranquilo, mientras sus hijos andarían medio locos buscándole por todas partes.

—Ahora vamos a la consulta de un médico de mujeres —le dije.

Meneó la cabeza a un lado y otro. Sus ojos de viejo indicaban que estaba recordando viejas cosas. Dijo:

—Las mujeres, cuando envejecen, se vuelven insupportables. Les da por sentirse enfermas. Inventan todo tipo de enfermedades. Mi difunta me volvió loco de un médico a otro. Al final, de tanto andar de consulta en consulta, agarró un virus que se la llevó al otro mundo. Estoy seguro de que si se hubiera dejado de médicos y se hubiera dedicado a vivir la vida, todavía estaría aquí, rebotando salud.

—Y usted la echa de menos, ¿verdad, abuelo?

—Qué va. Acabé de ella hasta los cojones, que Dios la tenga en la gloria y no la suelte.

El butanero, rumano o polaco, bajaba en ese momento de uno de los portales acariciándose las pelotas. Le enseñé un papel en el que había apuntado la dirección del médico.

—Plaza de la Concepción, número sesenta y nueve —silabeé para que me entendiese.

Hizo un gesto de asentir con la cabeza y se señaló a sí mismo.

—Yo llevo ustedes a esa plaza —dijo—. Cerca reparto puto butano.

Se volvió a acariciar las pelotas.

Así que nos montamos el abuelo y yo en la camione-

ta. El mundo se ve distinto desde una camioneta. Me dio un poco de envidia el cabrón del rumano o polaco, llevaba las ventanillas abiertas y silbaba a las mujeres que pasaban por la acera.

—Buen culo —decía señalando a alguna de las vian-
dantes—. Mujer mía demasiado gordo.

Y cada dos por tres lanzaba carcajadas altisonantes.

—¿Y usted qué hacía en Rumania? —le dije—. ¿De
qué trabajaba?

—Yo polaco de Cracovia, a orillas del río Vístula, lu-
gar más bello del mundo. Allí yo maestro de escuela, aquí
técnico en suministro de gas. Más categoría aquí.

Nos dejó en una esquina de la misma plaza y siguió
con su camioneta. Hizo un gesto con la mano por la venta-
nilla. Poco más allá se lo tragó el tráfico. Dejé al abuelo en
un bar, tomándose un café con bollo y con la misión de es-
perar mi regreso, y me encaminé en busca de la consulta
del ginecólogo. Por supuesto, estaba llena de mujeres de
treinta y cinco a cuarenta y cinco años, que es la edad en
que ahora les ha dado a las mujeres por ser madres. Cuan-
do ya se empiezan a quedar añosas, entonces se deciden a
tener hijos. Ya no hay madres jóvenes, salvo error u omi-
sión del anticonceptivo. Y ya ninguna se saca la teta en el
parque para dar de mamar al retoño. Es un asco.

—Quería hablar un momento con el doctor Larrimbe
—le dije a la enfermera.

—¿Tiene usted solicitada hora de consulta?

—Es un asunto profesional —tosí y bajé la voz—. Ve-
rá, estoy realizando una investigación.

Esas palabras surtieron su efecto. La enfermera en-
tró en el despacho del médico y salió poco después.

—Puede pasar —dijo—. El doctor le hace un hueco
entre paciente y paciente.

—Muy amable —dije yendo hacia la puerta.

A mí el apellido Larrimbe me sonaba de algo, aunque no alcanzaba a descifrarlo. Pero en cuanto le vi la cara lo reconocí de inmediato. Hubo un tiempo en que dejé de acudir a las reuniones de alcohólicos anónimos y empecé a frecuentar las tertulias literarias, donde iba gente que, además de beber, escribía versos y cuentos. Que todos piensan que escriben mejor que el de al lado, y que no vale un carajo lo que escribe nadie. Alguien nos presentó una vez a Larrimbe, que estaba de paso en la ciudad, y nos dijo que era un gran aficionado a la literatura con varios premios en su haber. Él no se acordaba de mí, porque yo entonces no llevaba bigote ni barba de diez días, y porque me pasé todo el rato bebiendo y sin hablar.

—Lo que yo deseo es una pequeña información sobre una de sus pacientes —dije—. Una tal Begoña Ugarte. Deseo saber si está embarazada y de cuántos meses.

El tipo puso cara de situarse a la defensiva.

—No le puedo dar ningún detalle de mis pacientes —afirmó.

—Pero yo sé una cosa de usted que sus pacientes ignoran, señor Larrimbe. Sé que usted escribe versos y cuentos y que ha ganado algunos premios literarios. ¿Cómo cree que reaccionarían sus pacientes si supiesen que su ginecólogo es un escritor? Las mujeres no son tontas. Saben muy bien cómo son los escritores... Si salgo ahí afuera y les cuento a las señoras de la sala de espera que usted escribe, se marcharían horrorizadas. Habría una desbandada, no lo dude. Así que mejor lo arreglamos como amigos y me da la información que le pido.

—Oiga, yo no hago nada malo —arguyó—. Sólo practico la literatura en mis ratos libres.

—¿Y le parece poco delito?